

La huelga de la UNAM en el contexto de una crisis.*

ARTURO RAMOS PÉREZ
(UNAM - ENEP Acatlán, México)

Introducción

I El movimiento estudiantil y universitario y la huelga de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) resultan la experiencia de lucha social más importante (después de la insurrección de los indígenas zapatistas de Chiapas en 1994) del México de fin de siglo, desde el punto de vista de la constitución de los sujetos sociales y del diseño y la puesta en práctica de estrategias de resistencia y de combate de los mismos, pero también desde la perspectiva de cómo el Estado y el bloque de poder construyen una forma actualizada de enfrentar a la sociedad civil organizada e imponer una lógica de reconstitución de un sistema de dominación y hegemonía que se adecue a los tiempos de cambio vigentes, especialmente ante el incontenible desmoronamiento que ha ido teniendo lugar en los decenios recientes del sistema político imperante durante setenta años en nuestro país.

De ahí que no sea posible entender en su plenitud y en su verdadero significado histórico y utópico al movimiento y a la huelga de la UNAM atendiendo exclusivamente y en forma descontextuada a la dinámica interna y al confuso panorama de fuerzas políticas estudiantiles y de confrontaciones tácticas que aparecen como elementos determinantes del proceso sin serlo del todo. En este sentido, el propósito del siguiente análisis es el de establecer someramente el conjunto de factores que han intervenido en el desarrollo del actual conflicto de la UNAM y simultáneamente delinear una perspectiva de articulación que más tarde nos permita ahondar en la comprensión de lo que esta lucha representa en

* La mayor parte de este documento fue elaborado en los primeros días de enero del 2000 y por supuesto no contaba con el desenlace que la huelga tuvo con la ocupación de la UNAM por la policía. Aun cuando hemos preferido exponer este ensayo sin modificaciones sustanciales, considerando que la parte medular del mismo sigue siendo pertinente como propuesta de discusión, sin embargo hemos incorporado algunos elementos que actualizan el análisis del movimiento hasta el mes de mayo. Por lo demás, sin duda será necesario profundizar en los diferentes aspectos que componen esta compleja experiencia de lucha social; nosotros, en particular, nos hemos propuesto intentar el análisis de su naturaleza en tanto fenómeno cultural del nuevo tiempo mexicano y probablemente también latinoamericano, pero seguramente habrá quienes atiendan los otros muchos significados que esta lucha, aún inconclusa, tiene y que necesitan ser explicados.

términos prospectivos para quienes mantenemos una esperanza de transformación de la realidad social y en particular de la UNAM, a pesar del horizonte poco luminoso con que llegamos al año 2000.

La huelga de la UNAM y el choque de estrategias globales

Sería cómodo reducir la interpretación del conflicto de la máxima casa de estudios de nuestro país a una movilización espontánea del estudiantado a causa de una medida aislada impuesta por el rector Francisco Barnés, que simplemente ha seguido un curso, por decir lo menos, errático como producto de la inexperiencia de los participantes y de los efectos propios de todo fenómeno político. Nada más alejado de la verdad. Al esforzarnos en ampliar el marco de análisis desde el cual descomponer la complejidad de esta lucha y encontrar las claves de su explicación, es posible identificar distintos niveles de intervención en el proceso real de factores provenientes del contexto nacional e internacional, y de un entramado mucho menos simple de lo que parece y de lo que quisiéramos que fuera en lo que respecta a los actores específicos del movimiento universitario, de su relación con las fuerzas políticas extrauniversitarias y de la confrontación de proyectos estratégicos y tácticos.

Así, desarrollaremos una alternativa de comprensión que se articula sobre la base de un eje medular consistente en el enfrentamiento de dos grandes intencionalidades organizadas y antagónicas manifestadas en la huelga de la UNAM: por un lado, una estrategia amplia orquestada por el Estado como cabeza de una coalición de fuerzas políticas de derecha y, por el otro, una estrategia de resistencia desplegada por un sector de la sociedad civil que en este caso es el movimiento estudiantil y universitario de la UNAM en defensa de la educación pública. De la colisión de estas dos fuerzas y de sus respectivos proyectos de coyuntura, se puede desprender una serie de elementos de análisis que al final quizás nos permitirán en su conjunto entender al conflicto como un todo.

Como apertura de este análisis hay que establecer que por el lado del estudiantado no hay mayor confusión en lo referente a sus propósitos: de manera clara el movimiento surge como respuesta a la ofensiva neoliberal contra las universidades públicas, como resistencia ante los ajustes impuestos a las comunidades de las instituciones de educación superior por los gobiernos últimos de acuerdo con los designios de organismos internacionales reconocidos, y que en esta ocasión asumen el rostro de una medida radical impuesta por parte de las autoridades de la UNAM, como es el avance en la imposición de colegiaturas (a través del Reglamento general de pagos -RGP) y por lo tanto de restricciones al ingreso de los sectores populares.¹

¹ Si bien es cierto que el Reglamento General de Pagos impuesto por el rector Barnés con el concurso de la mayoría del Consejo Universitario no hacía ninguna alusión a las colegiaturas,

En cambio, en lo que concierne al gobierno y a los intereses coaligados que representa en esta circunstancia, el objetivo de la huelga y del conflicto en general rebasa la dimensión meramente universitaria, aunque la incluye, y se articula en una perspectiva mucho más amplia que responde a la coyuntura global del periodo 1997-2000; cuyos propósitos fundamentales radican, por una parte, en causar un daño significativo a las dos fuerzas políticas más importantes que aglutinan a la izquierda social y a significativos sectores de nuestro pueblo, el PRD y el EZLN,² y ganar a como dé lugar las elecciones del 2000 para contar posteriormente con seis años de respiro y recomponer el sistema político de dominación y hegemonía en el país; y por otra, en imponer un ajuste mayor de carácter instrumental, privatizante y tecnocrático en la UNAM, que marque la pauta para desencadenar la transformación autoritaria en el mismo sentido de todo el sistema de educación superior y media superior aprovechando la coyuntura.

Sin embargo, es conveniente situar el ámbito en que se desenvuelve esta lógica atendiendo a los elementos determinantes en cada uno de los dos proyectos en choque, en cada una de las dos intencionalidades confrontadas en esta huelga, y en el caso de la estrategia global del gobierno federal y sus aliados, distinguir las implicaciones de su objetivo doble; para lo cual identificaremos algunos de los componentes sustanciales del contexto nacional e internacional que tienen que ver con aquél.

La estrategia global en que se soporta esta ofensiva neoliberal contra la UNAM, la sociedad civil y las principales organizaciones de la izquierda mexicana en la coyuntura de 1997-2000, si bien está siendo puesta en operación por el aparato gubernamental y su red de

sino que hablaba de cuotas, en términos rigurosos, tomando en cuenta el contexto de las políticas económicas y de las presiones del gobierno federal y de los organismos financieros internacionales mencionados, la intención era la de establecer cuotas de ingreso que equivalían a verdaderas colegiaturas, no al pago de servicios adicionales, lo cual también es completamente cuestionable desde el punto de vista del interés nacional y del derecho de todos a acceder a la educación superior.

² PRD: Partido de la Revolución Democrática; surgido después de la gesta electoral encabezada por Cuauhtemoc Cárdenas en 1988, donde la coalición de fuerzas que impulsó su candidatura obtuvo el triunfo que nunca fue reconocido por el sistema político dominante; en su fundación participó, por un lado, la mayoría de lo que fue conocido en los años setenta y ochenta como la izquierda revolucionaria, y la izquierda denominada reformista encabezada por los herederos del antiguo Partido Comunista, por otro, la Corriente Democrática desprendida del partido oficial, el PRI (Partido Revolucionario Institucional), y ciudadanos y organizaciones independientes. Actualmente representa la mayor fuerza política de izquierda en México. EZLN: Ejército Zapatista de Liberación Nacional, organización que aglutina y dirige la insurrección indígena de 1994, el movimiento social y político de mayor envergadura y significado histórico y utópico del México de fin de siglo. A su alrededor gravita una serie de organizaciones sociales, ONG's (Organizaciones No Gubernamentales) y núcleos de la sociedad civil en apoyo a la resistencia de los indígenas de Chiapas, e incluso cuenta con bases de apoyo internacional en varios países del mundo.

relaciones e intereses, responde a un diseño concertado que incluye a los organismos de inteligencia de Estados Unidos, al partido oficial, a la representación de grandes capitales transnacionales y nacionales y a un conjunto de fuerzas de derecha y de ultraderecha como son los grandes medios de información, la alta jerarquía de las iglesias, los grupos conservadores fundamentalistas y algunas fracciones de organismos políticos como el PAN.³

Este plan global responde a preocupaciones estratégicas que involucran algunos aspectos del contexto internacional como los siguientes: 1) el neoliberalismo, si bien se ha mantenido en marcha, en los últimos años ha reducido su radicalismo y consistencia en algunas partes del mundo como resultado de los triunfos electorales de partidos socialdemócratas, laboristas y liberales (progresistas en el sentido estadounidense de la palabra), lo que ha dificultado el avance de su proyecto de integración excluyente y subordinada de la población mundial a la globalización actual; 2) en esta coyuntura, en algunos países importantes de América Latina se ha ido presentando un avance electoral de la izquierda reformista y democrático-social que ha activado los focos rojos de quienes comandan los planes geoestratégicos en Estados Unidos, estos casos son los de México con el PRD, Uruguay con el Frente Amplio y sus aliados, Argentina con el FREPASO coaligado con el Partido Radical, Brasil con el Partido del Trabajo, y Chile con la alianza gubernamental hoy encabezada por un miembro del Partido Socialista; 3) en la segunda mitad de esta década hemos sido testigos de la emergencia de muy significativas experiencias y proyectos de una izquierda social renovada que han puesto en jaque a muchas de las líneas nodales del neoliberalismo en sus territorios, como son los casos del EZLN y el zapatismo en México, el Movimiento de los Sin Tierra en Brasil, y las ONG's y las organizaciones sociales y comunitarias en todo el continente.

De lo anterior se desprende la necesidad de Estados Unidos de contener estos avances electorales y disminuir la presencia y extensión de la izquierda social renovada; necesidad de la cual se ha derivado una estrategia global con múltiples enfoques que se ha puesto en ejercicio desde 1997 y que ya ha dado frutos al derrotar al PT en Brasil y concitar una alianza multicolor en torno al presidente Cardoso, al revertir en la segunda vuelta el triunfo del FA en Uruguay promoviendo la conciliación entre los dos inconciliables partidos tradicionales en 1999, al poner en verdadero riesgo el triunfo de la alianza gubernamental en Chile y apostar por el pinochetismo (como el mal menor) dividiendo a la Democracia Cristiana y saboteando la campaña electoral;⁴ pero al mismo tiempo ha tenido

³ Partido Acción Nacional, representante histórico del pensamiento y la acción política de derecha. Durante mucho tiempo fue el único oponente real al PRI-gobierno en las elecciones mexicanas. Paradójicamente, así como ha cobijado las expresiones más reaccionarias y fundamentalistas en su seno, en ocasiones también ha desplegado la defensa de formas democráticas y el respeto a una legalidad de consenso.

⁴ Finalmente el triunfo de la alianza gubernamental y la obtención de la presidencia de Chile por Lagos, por el momento ha derrotado al proyecto de restauración del pinochetismo, pero la amenaza sin duda no ha terminado.

que aceptar el triunfo nacional y regional del año pasado de la alianza entre el FREPASO y la UCR en Argentina que han sacado del gobierno al menemismo, rostro local del neoliberalismo latinoamericano, y el avance sustancial del PRD en el gobierno del Distrito Federal (DF),⁵ en la cámara de diputados y en algunos gobiernos estatales en alianza con otras fuerzas políticas desde 1997. No cabe duda de que en esta estrategia continental el caso más significativo es el de México y el PRD, razón por la cual, las elecciones del 2000 en nuestro país representan un interés central de la gran potencia del norte.

Pero al mismo tiempo y a veces con mayor énfasis se ha buscado contrarrestar la resistencia organizada de la sociedad civil en Latinoamérica mediante todos los medios al alcance, incluyendo la intervención militar abierta o solapada; en este sentido, la ofensiva del ejército, de los gobiernos estatal y federal, de la jerarquía eclesiástica y el Vaticano, y de los medios de información contra el EZLN y las comunidades indígenas de Chiapas ha constituido el mejor ejemplo, toda vez que esta experiencia de lucha social ha adquirido un carácter fundamental y prioritario dentro de esa estrategia global.

La coyuntura nacional del 2000

El gobierno de Ernesto Zedillo ha mostrado una marcada incompetencia para evitar el desmoronamiento del sistema político priista. La acumulación de debilidades como producto de una aplicación despiadada de las políticas neoliberales y de una torpeza política frente a la sociedad, sumada a las afrentas que contra nuestro pueblo desplegaron los gobiernos que le antecederon, sin duda se ha materializado en un verdadero riesgo de derrota electoral del PRI en el 2000, lo cual representa un cambio extremadamente radical en el contexto nacional y el mayor revés para la política de hegemonía de EE.UU. en América Latina.

Casos como el del FOBAPROA (hoy IPAB),⁶ como el de los otros rescates empresariales con recursos públicos, como el de la pobreza acrecentada, como el de la irresolución de variados problemas políticos y legales, como el de las intenciones privatizadoras de diversas ramas del sector público, o como el de la continuación de la estrategia neoliberal

⁵ Distrito Federal: entidad federativa con la que la Ciudad de México forma parte de la República Mexicana.

⁶ FOBAPROA: Fondo Bancario de Protección al Ahorro; IPAB: Instituto para la Protección al Ahorro Bancario. El segundo sustituyó al primero como la expresión oficial mediante la cual se convirtió en deuda pública, es decir en responsabilidad de todo el pueblo de México, el fondo de cientos de miles de millones de pesos en que se tradujo la incompetencia y la corrupción de los propietarios de los bancos privatizados y que el gobierno rescataría, con el apoyo de los diputados del PRI y del PAN, ilegalmente y sin ningún pudor, trasladando el costo a todos los mexicanos.

en general, que han tenido lugar en los años del régimen zedillista, han generado un malestar amplio entre los mexicanos que se ha ido concretando en una evidente pérdida de espacio electoral, político y social por parte del gobierno y del partido oficial, todo lo cual ha hecho que las elecciones de este año se conviertan en la prioridad del ejercicio político gubernamental.

Por otro lado, desde el año pasado, cuando menos, se advirtieron dos posibles alianzas político-electorales que representaban alternativas coyunturales con un alto nivel de competitividad electoral y de coordinación nacional de la resistencia popular, que preocuparon en gran medida al gobierno actual y a sus aliados. Por un lado se manifestaba la viabilidad de una coalición centrada en la mancuerna PRD-PAN que aglutinaría a la mayoría de los partidos pequeños y a un sector amplio de la sociedad civil organizada, que volvería casi inevitable la derrota del PRI en el 2000 y cuyo sentido sería avanzar hacia una transición democrática formal que desplazara definitivamente al sistema político actual del escenario nacional.

Por otro lado, no dejaba de estar presente, a pesar de los distanciamientos existentes, la posible alianza entre el PRD, el EZLN, las ONG's y la sociedad civil, cuyo sentido político más claro (la formación de una alianza popular fuerte y con perspectivas de cambio reales) significaba un peligro no solamente para el PRI y el gobierno, sino también para el mismo PAN y para el objetivo de desarticular al movimiento popular en el continente.

Ante esta contingencia, el gobierno y el bloque de poder (en el cual, como ya dijimos, se incluyen fuerzas diversas nacionales e internacionales) diseñaron y pusieron en juego un plan que tomó cuerpo en un conjunto de líneas de acción que incluyeron, entre otras medidas y de manera significativa, la intervención en la UNAM y la promoción de un conflicto en su seno.

En lo que se refiere al objetivo de golpear a las dos fuerzas populares y de izquierda más importantes de la actualidad mexicana y ganar las elecciones del 2000, se impuso una estrategia de dos vías que apuntaba hacia la división interna y el desprestigio del PRD ante la ciudadanía y los sectores populares para así menguar la eventualidad de su éxito electoral y político social, y hacia el aislamiento y al mismo tiempo la promoción de una radicalización del EZLN para arrinconarlo en un territorio y en un espacio político acotado, además de dislocar sus vínculos con las organizaciones amplias que lo apoyan en el ámbito nacional.

En este plano, el gobierno federal se empeñó, de manera adicional a los tradicionales métodos de manipulación o concertación con los medios masivos de información, de impulso a la activación de las fuerzas políticas y sociales de la derecha y del corporativismo contra el PRD y el zapatismo, y de desprestigio de estas organizaciones ante los empresarios nacionales e internacionales, en impedir a toda costa la materialización de las alianzas aludidas antes.

Con esa finalidad buscó, y al parecer logró, cooptar al PAN y a los partidos pequeños con registro (el PT y el PVEM) para sabotear la alianza PRD-PAN; en el caso del PAN convenció a una parte de la dirección nacional, a algunos integrantes del equipo de confianza de Fox ⁷ y a conocidos negociadores panistas con importantes vínculos con el gobierno, para desgastar y desperdiciar tiempo valioso en la definición de la alianza y al final reventarla, desviando a la vez la atención y el interés en la posible alianza PRD-EZLN; esto sucedió no obstante que ello significaba un riesgo importante para la opción de triunfo del propio PAN. ⁸

Al PT el gobierno lo condujo hacia la incorporación precoz a la candidatura de Cárdenas para generar problemas desde dentro y dificultar tanto la alianza del PRD con el PAN como con el EZLN y la sociedad civil, paralelamente lo utilizaría desde fuera en las disputas legislativas como se comprobó en la discusión del presupuesto en la Cámara de Diputados al finalizar 1999. Al PVEM, sin asignarle más importancia de la que realmente tiene, simplemente lo manipuló para obstaculizar el consenso hacia la alianza opositora amplia.

Por otro lado, instigó la división interna del PRD entre los grupos más vulnerables en su interior: fomentó la separación del PRD de Muñoz Ledo y sus seguidores y los ataques intensificados contra Cárdenas y el gobierno del DF, inspiró la salida de diputados y su traspaso hacia el PT o el mismo PRI, y fortaleció a los provocadores menores que desde tiempo atrás mantiene dentro de este partido (algunos que incluso participan dentro del movimiento estudiantil en sentidos opuestos), todo ello sin dejar de hacer el permanente llamado de las sirenas para unirse al aparato institucional en un reparto del poder al margen de la voluntad de la gente después de las elecciones, llamado ante el cual importantes sectores del partido del sol han sido siempre proclives a aceptar.

Finalmente estableció una serie de maniobras subrepticias encaminadas a utilizar a la parte menos clara y más habituada a la cultura política autoritaria y dogmática de las organizaciones ultraizquierdistas y radicales que existen de manera marginal en el movi-

⁷ Vicente Fox, candidato por el PAN y su pequeño aliado, el PVEM; carismático político que en las elecciones del 2 de junio juega con una propuesta de populismo de derecha. Para cuando aparezca este artículo ya se conocerá el resultado del proceso electoral y sus repercusiones inmediatas, sin embargo, el panorama político general existente durante la huelga de la UNAM no dejó de influir en su desarrollo.

⁸ Aun cuando hoy pareciera que el PAN ha alcanzado una altura inesperada que lo coloca en la posibilidad de triunfar en las elecciones, creemos que en realidad se presenta una burbuja artificial de simpatía electoral que será derrumbada en la última etapa cuando las encuestas ya no puedan sustituir la voluntad real de los votantes. Si las cosas no cambian podríamos llegar a una victoria gris del partido oficial y a una numerosa abstención que hará infructuosos los esfuerzos por contener la inconformidad social en los canales institucionales y presentarse ante el resto del mundo como un país en transición a la democracia; pero, en fin, esa será ya otra historia.

miento urbano popular, en el magisterio, en el estudiantado universitario e inclusive entre los grupos armados, promoviendo una artificial y rabiosa confrontación con el PRD y su bastión, el gobierno del DF, y a veces contra (aunque en apariencia a favor de) el EZLN y su red de apoyos.

Mediante la intervención militar y paramilitar, el acoso de los sectores conservadores locales y de la jerarquía de las iglesias, la ofensiva mediática, la violación de la legalidad contra los observadores internacionales y nacionales, y un sinfín de agresiones de todo tipo desde el gobierno estatal y federal, esta estrategia ha ido arrinconando al EZLN y a sus bases sociales en un espacio estrecho y cercado de enemigos, al mismo tiempo que ha persistido en romper los vínculos del zapatismo con otros sectores y organizaciones, para lo cual ha utilizado igualmente a grupos radicales que promueven el sectarismo y la radicalización, aislando cada vez más al EZLN y su lucha de la sociedad civil y los movimientos populares.

La huelga de la UNAM y la estrategia global del gobierno

En esta lógica, el gobierno identificó la pertinencia de utilizar a la UNAM para desplegar buena parte de su estrategia frente a la coyuntura del 2000. Por lo tanto, primero buscó provocar al movimiento estudiantil y dividir a la comunidad universitaria mediante la imposición vertical y autoritaria del reglamento general de pagos, es decir, de cuotas y colegiaturas que avanzaran hacia la privatización de esta institución, por parte de la rectoría de Barnés; con ello el gobierno se encargó de promover la huelga a sabiendas de que había cubierto previamente una serie de requisitos para hacer triunfar su plan en ella.

Ante un conjunto de grupos y corrientes del PRD capitalino con fuerte influencia en la UNAM, el gobierno desplegó con mucha eficacia una estrategia que los condujo hacia la confusión y los comprometió ante el movimiento, medida que tuvo frutos debido a las tendencias de negociación cupular que el partido en general había practicado de tiempo atrás en diferentes espacios, lo que vino a sumarse a los errores y desviaciones que había tenido frente a importantes sectores de la juventud universitaria en las brigadas del sol, las elecciones de 1994 y 1997, y en la integración de activistas al gobierno del DF⁹ (aunado a esto se cuentan una serie de actos y decisiones políticas generales ante los cuales los universitarios también están atentos, tales como el pragmatismo en las candidaturas externas, la corrupción en las elecciones internas -que se corrigió, es cierto-, el alejamiento respecto del EZLN, o la frenética lucha interna entre corrientes burocráticas y caciquiles).

⁹ En 1997 el PRD, con Cárdenas como candidato, obtuvo el triunfo en la disputa por el gobierno de la Ciudad de México o Distrito Federal, la metrópoli más grande e importante políticamente y capital del país; además se convirtió en la segunda fuerza en la Cámara de Diputados.

Sin duda también aprovechó e incentivó las divisiones ya existentes en el PRD, que en el caso de la UNAM son aun más acentuadas y que confirman el carácter real del partido como un frente más que como un organismo político integrado y con un programa único y bien definido.

De la misma manera que se propuso a nivel nacional, en la UNAM el gobierno desarrolló una línea de acción encaminada a cooptar, infiltrar o establecer alianzas coyunturales con dirigentes, activistas y organizaciones marginales de la ultraizquierda radical, lo cual implicó un trabajo que no se inició en 1999 y ni siquiera en la coyuntura marcada (1997-2000), sino que se montó en la política preventiva de infiltración de los grupos radicales que sistemáticamente ha sostenido como parte de su labor de espionaje y control político, misma que fue reforzada después de la insurrección zapatista de 1994.

Dicha política del gobierno, debido a los métodos semiconspirativos que privan en estas pequeñas organizaciones y a la ilusión de clandestinidad en que viven, tuvo un éxito superior al previsto en razón de factores como la acumulación de resentimientos sociales y de visiones nihilistas en buena porción de la juventud mexicana que ha crecido bajo los efectos del oscurantismo neoliberal y que en la UNAM se manifestó destacadamente.

Si bien la cooptación de dirigentes y militantes aislados o la infiltración de provocadores en el seno de estas agrupaciones parece ser la ruta más utilizada, no se puede eludir la posible existencia de verdaderas alianzas parciales y coyunturales con algunas organizaciones convencidas de la justeza de priorizar sus contradicciones con el PRD en estos momentos, por encima de los antagonismos con el enemigo principal, *el enemigo de clase*.

Ahora bien, la provocación a la UNAM no sólo respondió a la necesidad de enfrentar la coyuntura nacional del 2000, sino que también tuvo que ver con las aspiraciones del régimen de lograr un ajuste mayor de la educación superior sin tener que desgastarse en procesos largos y poco consistentes como los que ha vivido en los últimos quince años frente a las universidades públicas. La coyuntura permitía un ambiente de distracción y se contaba con una suficiente desarticulación de la comunidad universitaria para que ésta no pudiera evitar el paso de medidas aparentemente aisladas y cobijadas bajo un formato más amplio y propositivo (por ejemplo el Plan Barnés o Plan de Desarrollo de la UNAM), que en un proceso desencadenante se fueran sumando hasta alcanzar un nivel irreversible en la transformación de la universidad pública de acuerdo con las indicaciones de los organismos financieros internacionales en el 2000 y así facilitar la labor de un gobierno priista electo para el periodo 2000-2006, que fuera más eficiente en el cumplimiento de sus obligaciones en la integración al Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLC) y al contexto de globalización bajo la clara hegemonía de Estados Unidos.

La decisión acerca de la imposición de colegiaturas en la UNAM sin duda provino del gobierno federal, que hizo uso de la burocracia universitaria y en primer lugar del rector Barnés, y desde el principio tenía claro que si la resistencia que desarrollara el movimiento universitario alcanzaba niveles inesperados, el sacrificio de este personaje estaba perfectamente contemplado.

Sin embargo, lo más importante de este proyecto es que preveía dos escenarios igualmente benéficos para su interés estratégico: 1) la apuesta a una huelga corta y derrotada cuyo costo debería cargarse al PRD (lo que explica la campaña inicial de responsabilizar a este partido y al gobierno del DF de ser los promotores del mismo) sobre la base de desprestigiar a los sectores democráticos del estudiantado (que incluía a algunos de los contingentes que fueron denominados, con toda la mala intención por parte de algunos medios de información, como moderados) y dividir a la comunidad en su conjunto, para al final humillar al movimiento e imponer una política de represión interna que hiciera desaparecer cualquier resistencia organizada y así detonar la aplicación de medidas sucesivas de ajuste radical de la institución.

2) La segunda opción implicaba adecuar la posición de sus fuerzas a la perspectiva de una huelga larga, cuyo resultado final podía ser la derrota o el triunfo formal, pero que desgastaría al movimiento y a la comunidad en su conjunto, logrando en el proceso diversos objetivos como el desprestigio del PRD y de los estudiantes democráticos (ligados o no a él), la desmoralización y desmovilización del estudiantado, la pérdida de confianza en la lucha, la división y la polarización entre los universitarios, el despliegue de métodos violentos que trascendieran la huelga y se continuaran en un clima de terror y de justificación para la intervención de la fuerza pública, inclusive la manipulación, sobre la base de la debilidad resultante de todo esto, de la demanda más importante del movimiento: el Congreso Universitario, para legitimar sus propuestas e imponer igualmente el ajuste global deseado.

En esta lógica, uno de los propósitos fundamentales era el de enfrentar al movimiento estudiantil con el PRD y especialmente con el gobierno del DF, concitando antagonismos que debilitaran la participación de los universitarios en la campaña electoral del 2000, a la vez que dieran lugar a confrontaciones violentas que fueran utilizadas para acusar precisamente al gobierno del DF y al PRD de represión política o, en su defecto si no caían en la trampa, de connivencia e irresponsabilidad gubernamental frente a las provocaciones montadas con ese fin no en las escuelas de la UNAM sino en las calles de la ciudad.

Paralelamente, con menor énfasis puesto que el eje medular aquí residía en las acciones más específicas aplicadas en Chiapas (la intervención militar, la hostilidad contra los observadores, el terror paramilitar, la ofensiva del Vaticano y la jerarquía nacional de la iglesia católica contra los obispos Samuel Ruiz y Raúl Vera, etcétera), la estrategia del gobierno buscó desvincular al movimiento estudiantil del zapatismo y del EZLN, como también de los electricistas y del magisterio, que en mayo y junio de 1999 tenían la posibilidad de conjuntarse en una lucha nacional de gran alcance que pudiera anteceder y motivar a la alianza coyuntural con el propio PRD y otras organizaciones; objetivo hacia el que debería avanzarse, paradójicamente, a través de la radicalización y el manejo artificial de un discurso en pro de una alianza popular general, que afectaría en primer lugar no al EZLN sino a las Coordinadoras Zapatistas del Valle de México, que después de la consulta de marzo adquirieron un papel medular en el apoyo a los indígenas de Chiapas y en la coordinación nacional con el EZLN, provocando la división en su seno (donde

actuaban significativos núcleos perredistas y que avizoraban la posibilidad de la alianza señalada para el 2000).

El movimiento estudiantil y universitario en la huelga

Entender la disposición previa de fuerzas en el estudiantado y en la comunidad en general de la UNAM no es tarea fácil. Ciertamente existían núcleos organizados, pero en su mayoría poco numerosos, sin presencia importante tanto en los espacios formales de definición política como en la vida diaria de los universitarios y, salvo algunos casos, con reducida cohesión y disciplina militante, además de que no se habían destacado por contar con formulaciones amplias y sistemáticas acerca de los grandes problemas y de la transformación alternativa de la institución.

Tampoco existían antecedentes recientes de movilizaciones masivas o de luchas incluyentes que se hubieran traducido en experiencia y claridad política o en espíritu de resistencia y combate entre los estudiantes, derivado de victorias parciales (por el contrario, seguían presentes los efectos desmoralizadores del 95 y del 97); situación aún más marcada entre los profesores; mientras el Sindicato Unico de Trabajadores de la UNAM (STUNAM) y los trabajadores administrativos se mantenían en una lógica de preservación de equilibrios institucionales sin mayores contratiempos ni avances significativos en la lucha sindical.

Ciertamente la estrategia del gobierno contemplaba provocar sobre todo al estudiantado y no a los profesores o a los trabajadores del STUNAM, considerando que aparecía como el sector más vulnerable en función de algunos elementos como los siguientes: era el que había sufrido las únicas derrotas recientes y el que cargaba en su existencia con el mayor número de consecuencias de la política neoliberal, tanto en el aspecto universitario como en las condiciones de vida: la reducción de la matrícula, las limitaciones en el pase automático y en la duración de los estudios, el cobro de servicios, los problemas del mercado de trabajo, los sentimientos de opresión y desencanto comunes a los jóvenes mexicanos de hoy, etcétera.

Estos estudiantes eran a los que se les atribuían visiones nihilistas, pragmáticas y/o conformistas, y a los que se les creía incapaces de desplegar una acción política colectiva que no fuera el desahogo multitudinario del reventón futbolero o festivo; eran los que supuestamente podían, si se manejaba adecuadamente (como en parte se hizo a través de los medios de información y de la explotación de los símbolos de rebeldía e irreverencia juvenil, por lo demás muy naturales), despertar un distanciamiento de profesores y trabajadores ante una débil comprensión, de parte de estos, de la condición propia de la juventud o del sentido generacional que despliegan cotidianamente los estudiantes como parte de su ser concreto. Y eran, también, a quienes se podía acusar simplemente de inmadurez y desconocimiento de lo que es conveniente en la universidad.

Por todas estas razones, tal y como se hizo fundamentalmente en 1995 y 1997, la construcción de un marco de intervención del aparato de espionaje y control político del gobierno en las organizaciones universitarias tuvo a los estudiantes como prioridad, lo cual era también una de las condiciones necesarias para generar un conflicto en la UNAM.

Pero a pesar de todo ello, los estudiantes universitarios de ninguna manera se hallaban anulados como sujetos sociales, ni estaban tan descompuestas las relaciones con los otros sectores de base como se creía, pues en el padecimiento del neoliberalismo vigente también se generan simpatías y empatías entre los de abajo por encima de diferencias generacionales y sectoriales.

La capacidad de activación para la lucha del estudiantado rápidamente se volvió una realidad indiscutible. Las movilizaciones previas a la huelga (paros, marchas, asambleas, foros, consultas) poco a poco fueron despertando a grupos crecientes de alumnos que avanzarían hacia la voluntad de resistir ante la imposición de pagos mediante la huelga y la organización bajo formas horizontales y democráticas (Asamblea Estudiantil Universitaria, Consejo General de Huelga, asambleas por escuela).

Entre las corrientes más o menos definidas con que empieza el movimiento están la Coalición Democrática de Estudiantes (CDE) que incluye al CEU histórico¹⁰ y a la Red de Estudiantes Universitarios, la Coordinadora Estudiantil (CE), el Comité Estudiantil Metropolitano (CEM) y el Bloque Universitario de Izquierda (BUI) que incluía a la organización En Lucha, al POS, a la Unión de Juventudes Revolucionarias y a algunos otros grupos radicales de la llamada *megaultra*; sin embargo, lo cierto es que en los comienzos de la lucha la mayoría de los participantes no pertenecían a ninguna corriente y se podía ver a los representantes de escuela en la AEU o en el CGH o a los asistentes a las asambleas locales orientarse de acuerdo con los planteamientos esgrimidos en las discusiones, lo que volvía en ese momento más antagónico (pero todavía con sustento) el debate, toda vez que las corrientes buscaban ganarse la simpatía de los estudiantes independientes.

Puede apreciarse que casi ninguna de las corrientes ni alguna escuela en particular tenía una propuesta clara y organizada acerca de cómo orientar el movimiento en la perspectiva específicamente universitaria del conflicto y en particular en lo referente a su conclusión, de tal manera que sólo al pasar el primer mes de huelga empiezan a moldearse alternativas más definidas de conducción de la lucha.

¹⁰ Consejo Estudiantil Universitario: constituyó la organización representativa (equivalente al Consejo General de Huelga actual) del exitoso movimiento universitario y de la huelga de 1986-87 de la propia UNAM que concluyó con la aceptación por parte de las autoridades de las demandas de los estudiantes, sin embargo, mediante medidas dilatorias y utilizando los recursos de la política priista, la burocracia universitaria neutralizó el principal logro del movimiento al realizar el Congreso Universitario en 1990, donde se alcanzó un virtual empate de fuerzas que impidió que se materializaran las propuestas de cambio más avanzadas. Más adelante el CEU se convirtió en una corriente universitaria cada vez más ligada al PRD.

Por un lado, por parte de los sectores democráticos (*moderados*), tanto en la CDE como en la CE, se vislumbra, sobre la base de un ascenso evidente del movimiento (constatado en el amplio consenso logrado entre la comunidad y la gran solidaridad recibida de parte de la sociedad) y una debilidad marcada de las autoridades, una línea de resolución basada en el cumplimiento inmediato y sin problemas de tres demandas del pliego petitorio (la suspensión del RGP, la anulación de actas contra paristas y la recuperación del semestre), la negociación para sacar adelante el Congreso democrático y resolutorio, y la derivación de los puntos del Ceneval y de las reformas del 97 hacia el mismo.¹¹

Por parte del sector radical (la *ultra*) empieza a identificarse un horizonte donde no existen términos medios: o se vende la huelga (se negocia una victoria parcial) o se gana todo (lo seis puntos del pliego petitorio y la rendición absoluta de las autoridades), quedando claro que hay una evaluación estratégica en la cual el *problema universitario* queda subordinado a una extensión de la lucha hacia toda la sociedad y hacia un proceso de radicalización política encaminado a *la conquista del poder mediante supuestos métodos revolucionarios*.

En esa tónica el CEM y diversas escuelas marchan sin claridad, coincidiendo en el análisis con los moderados, pero sumándose en ocasiones importantes a las decisiones más radicales, indicando con ello las dudas acerca de si todavía el movimiento puede acumular mayor fuerza para doblegar a la rectoría sin restricciones y encauzarse más suave y firmemente por la vía del Congreso y la resolución favorable del pliego petitorio.

Alrededor del movimiento y la huelga de la UNAM van a presentarse las fuerzas políticas que hemos señalado en la primera parte de este documento: descartando a los partidos y los sectores de la derecha y el gobierno, que se enlazan perfectamente con las autoridades universitarias, tenemos al PRD, que en todo el proceso muestra la carencia evidente de un proyecto para la UNAM así como de una línea de acción única y cohesionada en el movimiento y en la comunidad universitaria, lo que muestra un gran desinterés por parte de la dirección nacional, y una preocupación parcial y una acción dispersa y errática por parte de la dirección local, el gobierno del DF y las corrientes internas en la capital.

Si bien hay algunas propuestas aisladas de corte más universitario entre profesores y estudiantes, en ningún momento se observa un proyecto de acción política sólido y oportuno. Por ello, el apoyo del partido al movimiento oscilará entre los respaldos discursivos

¹¹ Ceneval: Centro Nacional de Evaluación: organismo privado al que ilegalmente el gobierno ha otorgado facultades importantes en la definición de criterios para la evaluación de la educación superior y media superior pública. La UNAM, como muchas otras instituciones públicas, se ha sometido a las políticas del Ceneval en asuntos como los exámenes de ingreso y de certificación de los estudios que imparte, con lo cual ha provocado una inconformidad destacada en su comunidad. Las reformas del 97 modificaron radicalmente los términos en que se regía el pase del bachillerato a la licenciatura como niveles de la propia UNAM, además de que recortaron los tiempos legales de permanencia en la institución y aumentaron las exigencias para continuar con el disfrute de los derechos en este campo.

y logísticos (en pequeña proporción y de acuerdo con los vínculos casi personales de cada grupo o individuo) hasta la defensa en espacios como la Cámara de Diputados; además de que en la mayoría de los profesores, miembros o simpatizantes del partido, se desarrollará al principio una posición dubitativa en cuanto a la identificación con el movimiento estudiantil¹² que más adelante cambiará, pero ya sin poder subsanar el distanciamiento inicial con los huelguistas.

En lo que se refiere al zapatismo (tanto del Frente Zapatista de Liberación Nacional -distinto del EZLN- como de las Coordinadoras Zapatistas del Valle de México) la solidaridad es completa y la vinculación a través de los activistas estudiantiles o en el Frente Metropolitano¹³ no cesa en ningún momento; de manera clara (como también sucede con los sindicatos independientes como el Sindicato Mexicano de Electricistas, el Sindicato Independiente de la Universidad Autónoma Metropolitana, la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación y otros) la solidaridad se ofrece sin inmiscuirse mayormente en la discusión acerca de la solución del conflicto.

El STUNAM, por su parte, se declara en apoyo a la huelga y se suma parcialmente a guardias externas, marchas y brigadas, y otorga apoyos monetarios, pero plantea desde su dirección la necesidad de avanzar hacia una solución razonable a través del diálogo, lo que hará que sea enfrentado por los estudiantes radicales y que se distancie relativamente del movimiento estudiantil en el transcurso de la huelga.

Desde antes de estallar el paro, habrá un conjunto amplio de profesores que apoyarán irrestrictamente al movimiento estudiantil y que en su mayoría se articulará en la Asamblea Universitaria Académica (AUA) y después en la Magna Asamblea, donde coincidirán en un inicio maestros pertenecientes a distintas corrientes y organizaciones o sin filiación alguna, unidos en la posición de respaldar al movimiento estudiantil y sus demandas como si fueran las suyas propias; unidad que al paso de los meses se resquebrajará debido tanto a contradicciones internas, como a la división desarrollada entre los propios estudiantes y a la falta de propuestas viables y de amplio consenso para encausar la lucha universitaria y la huelga misma.

Lo cierto es que en todas las fuerzas del movimiento y en sus aliados (restando a los infiltrados y provocadores) existirá como fundamento de su acción el objetivo de defender

¹² Es el caso de algunos de los que participan en la Comisión Plural de Investigadores o en la Federación de Colegios, que se manejan en una perspectiva casi de neutralidad e intermediación y no de apoyo claro, si no al movimiento cuando menos a sus demandas; lo cual, sin duda, también es indicador de las dudas y diferencias existentes en el PRD y en diversos sectores democráticos en torno a la reforma necesaria en la universidad pública y en particular respecto al significado de las cuotas en la UNAM.

¹³ El Frente Metropolitano, continuador del Frente Universitario, es un intento organizativo creado durante la huelga para integrar al movimiento estudiantil otras expresiones de la lucha social que lo apoyan y con los sectores de profesores, trabajadores del STUNAM y padres de familia.

a la universidad pública y en particular a la UNAM de la ofensiva del gobierno y la rectoría; sin embargo, las diferencias radicarán en cómo se evalúa y se responde a los cambios en el proceso de la lucha: la correlación de fuerzas, la pertinencia del diálogo y sus modalidades, los posibles beneficios y perjuicios de supuestas acciones *contundentes*, el ascenso o descenso del movimiento, la prioridad de los objetivos y de los puntos del pliego petitorio, la relación entre los medios y los fines en la lucha, etcétera.

Los estudiantes de la UNAM y la huelga (de febrero a diciembre de 1999)

Podemos observar tres fases en el movimiento estudiantil en la UNAM de 1999-2000:¹⁴ la primera, una fase de ascenso que va de febrero a junio, la segunda, una fase de estancamiento que dura de junio a agosto, y la última, una fase de declive y descomposición que se inicia en agosto y llega hasta el final de 1999.

En la primera fase, que incluye la preparación de la huelga, sin duda sorprende la fuerza que acumula el movimiento no solamente por la inclusión de numerosos participantes, sino por la obtención de un consenso pasivo que suma estudiantes (y otros miembros de la comunidad universitaria) a sus movilizaciones y que contrarresta las medidas de las autoridades como es el caso de las clases extramuros. A pesar de la insidiosa y claramente concertada campaña de desprestigio contra los paristas por parte de los medios masivos de información (con honrosas excepciones como La Jornada y Proceso), durante esta etapa el movimiento logra aumentar la opinión favorable y la sensibilidad hacia sus demandas y su lucha en amplios sectores de la población.

No obstante que surgen y se desarrollan las divisiones que más tarde golpearán internamente al CGH y a las asambleas, en este periodo se logra mantener la unidad, y con la participación de contingentes grandes en las reuniones por escuela y de representaciones más o menos transparentes en las plenarias del CGH, las decisiones logran afianzar el rumbo de la lucha y desarrollar una claridad política que evita que se generalice el enredo en que intenta meter al movimiento la estrategia del gobierno.

La exclusión y la intolerancia se mantienen en niveles manejables y se responde ágil e inteligentemente a los retos de cada momento: por ejemplo, se define un pliego petitorio

¹⁴ Una vez más señalamos que este documento se elaboró en su mayor parte en los primeros días de enero del presente año, sin embargo, hemos añadido algunos elementos que tienen que ver con las características que asumió la huelga en enero y con el lamentable desenlace que tuvo con la entrada de la policía en las instalaciones de la UNAM y la interrupción de la misma. Sin duda, ello no ha acabado ni con el conflicto ni con el movimiento, no obstante que sí creemos que es necesario reconocer la derrota de la huelga y la entrada en una nueva fase de la lucha que requiere ser analizada cuidadosamente y con mucha objetividad, para poder delinear alternativas de organización y de continuación del movimiento, para que esta derrota no adquiera el carácter de definitiva que ciertamente no tiene en este momento.

que condensa preocupaciones varias de las corrientes y coloca a la lucha en una perspectiva amplia que la impulsa más allá de la disputa por el monto de las cuotas, con ello se ofrece una vía estratégica que evitará que rectoría manipule la solución y pretenda soslayar la necesidad de una reforma sustancial a través de un congreso democrático.

También se pone en evidencia la diferencia esencial del movimiento respecto de las autoridades al situar al diálogo como la opción para resolver el problema; las movilizaciones todavía entran en una lógica que les da sentido político y no las degrada a meros actos de exasperación o distracción ajenos al sentir tanto de la mayoría de los paristas como del conjunto de los universitarios; el movimiento anula o neutraliza a la mayoría de las medidas de las autoridades en su contra; y obliga al gobierno federal a retirar su apoyo y a abandonar a Barnés, lo que lleva a este personaje a revirar el 7 de junio y revertir sus imposiciones con todo y sus desacuerdos con la derecha más recalcitrante en el Consejo Universitario.

Es hasta mediados de junio que llega esta tendencia ascendente. Sin embargo, debido a la combinación de errores (y en algunos casos de verdaderas desviaciones) de parte de los grupos democráticos y de la efectividad en la radicalización de las decisiones por parte de las fuerzas internas y externas comprometidas con ese objetivo, el movimiento deja pasar la oportunidad de darle salida a la huelga y colocarse en una fase de lucha superior y más trascendente como era el Congreso universitario y la relación directa con el resto de la comunidad una vez levantada la huelga con éxito.

Por ejemplo, algunos activistas de la CDE entran en una interlocución aislada y a espaldas del CGH con las autoridades y por ello son denunciados por los huelguistas, quienes les retiran el reconocimiento que parcialmente les habían dado; frente a ello la CE y el CEM pierden la visión de qué es lo fundamental y qué lo accesorio y en el afán de no verse inmiscuidos en el desliz de la CDE ceden ante la radicalización y hacen languidecer la alternativa en que parecían coincidir con la finalidad de capitalizar los esfuerzos del estudiantado en una victoria parcial pero con futuro y gran potencialidad.

Así, durante la última semana de junio, todo el mes de julio y la mitad de agosto, el movimiento entra en una segunda fase, una fase de estancamiento. En este lapso la tensión entre las corrientes se vuelve álgida y comienza una redefinición de equilibrios internos que entorpecerá cualquier perspectiva de solución.

Surge, por ejemplo, la propuesta de la Comisión de Ciencia y Tecnología de la Cámara de Diputados que no logra constituirse en vía de acuerdo para dar salida al problema y se fracasa rotundamente en el empeño de un sector externo importante por colaborar en la resolución del conflicto; se recrudece la campaña publicitaria contra los huelguistas y se aprovechan con mucha eficacia tanto las decisiones del CGH en contra de los acuerdos del Consejo Universitario como su inflexibilidad frente a la mediación de los legisladores para ahondar en la imagen de intransigencia del movimiento.

Por otro lado, el encuentro con la comisión de rectoría se convierte en una exhibición de incapacidades para resolver el conflicto de ambas partes, pero es capitalizada de mejor manera por las autoridades; se diseña y ejecuta un plan general de inscripciones y activi-

dades extramuros que inmediatamente se pone en práctica y que desgasta a los estudiantes en huelga y los enfrenta con sus compañeros de reingreso y de nuevo ingreso; la provocación comienza a brindar frutos y la represión policiaca se deja ver por primera vez y vuelve a radicalizar a los activistas y a reducir el margen de definición para consolidar una ruta de solución viable a la huelga.

En este periodo también se presenta la propuesta de los eméritos y es rechazada desde el principio por el CGH (después lo haría en definitiva, perdiendo una vez más la ocasión de aglutinar a una enorme mayoría de la comunidad en su lucha y saltar a la fase del congreso); las divisiones y los métodos de intolerancia y de violencia física en la huelga alcanzan niveles inmanejables y comienzan las expulsiones y las asambleas en el exilio, lo que provocará el retiro masivo de paristas y el imperio de propuestas extremistas a partir del predominio de activistas sobrepolitizados y de la disminución de la base estudiantil que inició la huelga, así como la desconfianza profunda que se expandirá a todo el movimiento y sus aliados.

Para la última semana de agosto y los meses que siguen, es decir, lo que hemos denominado como una tercera fase, la paciencia del estudiantado de base se agota y comienza la desbandada silenciosa de los numerosos e importantes participantes anónimos y sencillos que confiaron en la huelga como forma de defensa de su universidad.

Al mismo tiempo que las filas de los huelguistas se adelgazan el CGH empieza a mostrar un rostro cada vez más faccioso, donde prevalecen (no en todas las escuelas, pero aun así sin la capacidad de las excepciones para revertir por sí mismas la tendencia y recuperar la esencia original del máximo órgano de decisión) los métodos más autoritarios disfrazados bajo un perfil meramente formal de horizontalidad y democracia, y la hegemonía sin ambagues de los grupos y corrientes más radicales, que antes pregonaron las restricciones y los condicionamientos a los miembros de partidos y organizaciones políticas sobre la base de una apología de los estudiantes sin filiación y de la independencia o pureza del *huelguista verdadero*, lo que se convertirá en un mito que lesionara la identidad y confianza de los propios estudiantes en lucha.

El rostro del movimiento ante la opinión pública y ante la gama amplia de aliados con que contaban en el sector popular se vuelve extraño y antagónico, y se pierde el consenso y los niveles de solidaridad que la huelga llegó a tener en los primeros meses; la capacidad de respuesta y la iniciativa política de los huelguistas prácticamente se extravía y se entra en una lógica de acciones sin sentido que agudiza su aislamiento y abre un abanico de confrontaciones inútiles con diversos sectores que lo debilitan frente a su enemigo real; las provocaciones aparecen por todos lados y se cae en ellas con sospechosa facilidad ahondando los problemas internos y externos.

En esta etapa cada vez son más los profesores que se deslindan de una u otra forma de las acciones del CGH y que se limitan a apoyar la esencia de las demandas y la defensa legítima de la UNAM; por su parte, el STUNAM se retira (o quizás es apartado por los propios estudiantes) y la división campea en todas las organizaciones sociales que apoyaban al movimiento, incluyendo a los mismos padres de familia.

Mientras tanto, desde agosto se recompone la unidad de las fuerzas ligadas a la rectoría y al gobierno federal, y se cierran filas en torno a la posición de intransigencia de las autoridades, postergando las medidas más extremistas, ya visualizadas, hacia noviembre y diciembre, es decir, la renuncia de Francisco Barnés, el nombramiento de Juan Ramón De la Fuente y el inicio del diálogo formal con el CGH.

La vinculación con la elección del candidato del PRI de un cambio que agilice la resolución del conflicto por parte de rectoría queda a la vista de todo mundo y, entretanto llega esta fecha, se suceden diversas provocaciones virulentas, entre las cuales destacan, por ejemplo, la toma momentánea de Acatlán por parte de estudiantes no paristas y su recuperación por los huelguistas que inusitadamente desemboca en una violencia magnificada e irracional de un sector radical del movimiento contra los estudiantes democráticos de la misma escuela en el mes de octubre, y los secuestros (reales y espurios) de activistas estudiantiles, así como el oscuro enfrentamiento entre miembros del sector del CGH conocido como la megaultra y la policía del DF.

El rechazo de la propuesta de los profesores eméritos y la falta de proposiciones políticas viables para dar fluidez al desenlace de la huelga, reduce el impacto favorable que la renuncia de Barnés podía haber tenido en el movimiento a pesar de su desgaste y descomposición.

La estrechez de miras y el predominio del extremismo y la provocación en el seno del CGH hacen que ante la propuesta de diálogo del nuevo rector y su estrategia de acercamiento con algunos sectores de la comunidad universitaria, los huelguistas no puedan ofrecer una imagen de responsabilidad y madurez, y el debate público a través de Radio UNAM recrudece la fragilidad política e ideológica en que se han colocado los restos del movimiento. Paralelamente, una vez más (y en esta ocasión alcanzando un nivel mucho más agudo), la provocación se instaura en el quehacer de los huelguistas y al enfrentamiento violento con la policía ocurrida en las inmediaciones de la embajada de Estados Unidos se suman los símbolos (reales o creados artificialmente por los medios, pero igualmente significativos en la opinión pública) del vandalismo y la irracionalidad como rasgos propios de la huelga ante la sociedad.

Finalmente, al empezar el 2000, el rector De la Fuente lanza su propuesta global que dejará aterido y desconcertado al CGH para iniciar, aparentemente, una etapa nueva: la de un final por demás embrollado de la más larga huelga vivida por la máxima casa de estudios de México y como el punto de *impasse* en que la comunidad de la Universidad Nacional se verá obligada a redefinir su propia identidad para el futuro que ya está en marcha y que exige resolver los puntos de mayor tensión generados en esta experiencia llena de contradicciones.

Intenciones y propuestas estratégicas y tácticas del movimiento

Hoy podemos empezar a entender cómo enfrentó el movimiento estudiantil y universitario el reto de resistir a la ofensiva neoliberal que las autoridades y el gobierno le impusieron a la UNAM con propósitos tan complejos como los que hemos dejado ver. La mezcla de intereses e intenciones, de compromisos y complicidades, de valores fundamentales y fundamentalismos sin valor, de visiones cerradas y esperanzas profundas, de hábitos y utopías, etcétera, de parte tanto de los estudiantes como de sus enemigos, exigen trascender el círculo superficial que envuelve esta importante lucha del fin de siglo mexicano.

Si bien será necesario ahondar, por ejemplo, en los factores culturales y en los problemas de identidad que jugaron un papel nodal en el transcurso de esta huelga, como parte sustancial de la constitución y la actuación de los nuevos sujetos sociales, en esta ocasión sólo deseamos considerar la orientación política de quienes intervinieron en este movimiento con propuestas y hechos que han marcado la huella histórica que ya ha dejado esta lucha en la actualidad al margen de su resultado final.

En este sentido, insistimos en que las autoridades universitarias y en primer lugar el rector Barnés fueron simples operadores de una estrategia global que va más allá del espacio de la UNAM y cuyos objetivos eran hacer violentos ajustes en la universidad pública, pero también causar un daño puntual a las fuerzas sociales y de izquierda más sobresalientes en México en aras de garantizar el triunfo del partido oficial en este año electoral y la continuidad y reorganización de la política gubernamental por un sexenio más.

Podríamos intentar un análisis más profundo que nos llevara a una articulación más fina y estructural para discernir la actuación política de las corrientes en el interior del movimiento, pero eso requeriría de más tiempo y sobre todo de que las aguas regresen a su nivel para despejar incógnitas y generar perspectivas de interpretación de mayor calidad. Por ahora sólo podemos apelar a la riqueza de la experiencia propia y a desprender de *la pasión que aguza el intelecto* (Gramsci dixit) en el fragor de una batalla tan significativa para nuestro país como ha sido la resistencia de los estudiantes de la UNAM, señalando vías de comprensión y compromiso a partir de los datos más inmediatos y de sus consecuencias efectivas en la conducción del proceso de huelga y del movimiento en general.

Podemos decir que a nivel estratégico los estudiantes paristas se identificaron en dos grandes posiciones que poco tienen que ver con el simplismo y la puerilidad de la denominación de *moderados* y *ultras*, que se centraron en la consideración de cómo democratizar a la UNAM a partir de una lucha como la que implicaba la huelga: *si a través de establecer los niveles de confrontación y los objetivos que cada momento y cada demanda tenían o si, por el contrario, dicha democratización sólo podía provenir de una revuelta general de la sociedad que llevara a la solución total de las demandas y a la apropiación popular de la institución.*

Estas concepciones daban a cada demanda un valor distinto: por ejemplo, para aquellos que creían en la necesidad de trascender la huelga a partir de la suspensión del RGP y de la garantía de recuperar el semestre y anular las sanciones contra los paristas, el Congreso resultaba fundamental en la democratización de la UNAM, toda vez que consideraban imposible y quizás incorrecto obtener una reforma de esa magnitud a través de la huelga misma, ya que ello hubiera significado el triunfo de la fuerza y no de la razón, y la imposición de la *democracia* por parte de los huelguistas sobre el resto de la comunidad.

En esta visión la huelga cumplía su papel solamente si acuerpaba al estudiantado, fijaba sus demandas, permitía que el movimiento fuera reconocido como interlocutor obligado y contenía las medidas inmediatas que originaban el paro a la vez que se pactaba la realización del Congreso; después sería en éste donde tendrían que esforzarse para convencer y sumar a la comunidad a las propuestas avanzadas de los sectores democráticos, es decir, llegar al triunfo de la razón e involucrar a todos los miembros que constituyen la universidad. Por eso, el reconocimiento explícito del diálogo como forma de resolución de las diferencias entre universitarios se volvía igualmente básico en la conducta de los huelguistas.

Por el contrario, en la postura más radical, el Congreso carecía de importancia, pues no se le concedía ninguna confianza (sobre todo porque se tenía una valoración absolutamente negativa del Congreso de 1990, tanto en lo que se refiere a sus resultados como en lo concerniente a la actitud y las acciones de quienes fungieron como líderes o dirigentes del movimiento en ese entonces) y se apostaba a imponer con la *fuerza popular* la reforma institucional. Implícitamente se partía de que en un debate plural como el de un congreso siempre se perdería ante los representantes de la derecha y ante los reformistas por efecto de la capacidad retórica de estos, que en el fondo mostraba una desconfianza en sus propias demandas y propuestas, así como en su capacidad de argumentación pública.

Además, la frontera entre la democracia y la antidemocracia en el espacio universitario aparecía con un carácter tan tajante que sólo podía definirse sobre la base de la derrota total de uno de los contrincantes y la imposición absoluta de la propuesta del vencedor. En esta lógica, evidentemente el diálogo era una mera desviación que mediatizaba la lucha y no tenía lugar en la estrategia de triunfo comparado con las *acciones contundentes*.¹⁵

¹⁵ El concepto de *acciones contundentes* fue manejado recurrentemente por el sector más radical del movimiento como la opción opuesta a todo lo que tuviera que ver con el diálogo como forma de lucha, lo cual mostraba una visión desmesurada que siempre esperaba un efecto casi mágico que escalaría la lucha social, que preveía (aunque nunca sucedió así) un impacto político positivo de aquellas acciones de fuerza masivas y llenas de audacia que se propusieron una y otra vez. Desafortunadamente para sus promotores, la contundencia fue lo que menos caracterizó a esas acciones que, cuando tuvieron lugar, fueron parciales y a veces realizadas por grupos minoritarios y al margen del propio CGH. Para apreciar algunos de los significados del diálogo en esta disyuntiva, puede verse de este autor el documento titulado *El sentido estratégico del diálogo en la huelga*.

Podríamos intentar argüir, en torno a este asunto, acerca de las diferencias y ventajas existentes entre las conocidas estrategias del pasado denominadas como *Guerra Popular Prolongada* o *Vía Insurreccional*, como *Guerra de Posiciones* o *Guerra de Movimientos*, pero no tiene sentido perdernos en disquisiciones sutiles y hasta cierto punto bastante excluyentes como pueden serlo éstas.

Lo cierto es que la perspectiva estratégica de estos dos campos se nutrieron no sólo de propuestas tácticas acordes con su propio perfil político, sino que asimilaron a fuerzas e individuos que coincidieron por diversas razones con cada uno de ellos: por ejemplo, en el bando de los que apostaban al Congreso y al diálogo, se incorporaron quienes contaban con experiencias de luchas sociales emparentadas con el cardenismo y el zapatismo y que adoptaban una visión de cambio de más largo plazo, lo mismo que a aquellos con más vínculos con el batallar cotidiano en los cuerpos colegiados y en las demandas académicas, además de que atrajo a un numeroso sector de estudiantes que se mantenían en una preocupación más universitaria y menos política general.

Mientras tanto, el sector más radical, opuesto al diálogo y escéptico frente al Congreso, absorbió a los núcleos sobrepolitizados, ultrarradicales y en buena medida marginales, así como a los estudiantes con menos experiencia política, entre los cuales se encontraban quienes más habían resentido el cierre de sus horizontes de vida como producto del imperio del neoliberalismo, y que además mostraban un mayor resentimiento social y la adopción de actitudes y visiones nihilistas y pesimistas.

Las tácticas desplegadas variaron e inclusive coincidieron en algunos momentos, pero existió a lo largo de la huelga una predilección de los sectores más radicales por las acciones de fuerza y la confrontación con todas las manifestaciones institucionales, así como su identificación con el desprecio más o menos abierto hacia cualquier modalidad de negociación o de acuerdo con los enemigos; y también se abusó entre ellos de la violencia física y simbólica en el tratamiento de las diferencias internas como método para derrotar a quienes identificaban como la parte claudicante y entreguista del movimiento (los supuestos *vendehuelgas*).

Por su lado, los estudiantes democráticos tendieron siempre a privilegiar el combate ideológico sobre las acciones *contundentes* a las que no se les encontraba sentido, además de que renegaban de los modos autoritarios y violentos que sólo reproducían lo que tanto criticaban en el proceder de la burocracia universitaria y de los personajes tradicionales del sistema político mexicano, lo cual no quiere decir que siempre lograron evadirse de las prácticas viciadas que fueron más evidentes en el otro sector.

Si bien es necesario reconocer que todos cometieron errores, estos no son del mismo tipo ni tienen el mismo grado de responsabilidad en el desenlace de la huelga. Hay que señalar que, salvo los primeros meses (cuando se vislumbró una victoria parcial pero con futuro del movimiento), la hegemonía en la conducción del proceso recayó sobre los sectores más radicales, de tal manera que igualmente les corresponde a ellos un mayor compromiso con los resultados adversos de esta lucha.

Por ejemplo, mientras la participación en la huelga fue amplia y abierta, las posiciones radicales no tuvieron demasiada fuerza, y fue hasta que se impuso la violencia interna, el desaliento y la retirada de las bases, cuando los grupos más radicales alcanzaron el predominio en las asambleas y en el CGH. E incluso hubo corrientes y activistas que apostaron a dominar el escenario participando de la radicalización del movimiento con la esperanza de que al salir los grupos más moderados de la huelga, ellos podrían imponer su superioridad ideológica sobre la fracción más atrasada y violenta, pero en el proceso simplemente fueron absorbidos por la misma lógica que habían ayudado a construir al solapar la intolerancia y la violencia contra sus competidores, más allá de sus supuestas convicciones reales.

Sin duda, dentro de este marco de propuestas y acciones, los infiltrados y los provocadores profesionales lograron en alguna medida materializar sus propósitos, confundiendo a significativos contingentes de estudiantes indignados, e hicieron desbocar al movimiento más de una vez a lo largo de los meses. El peso de su intervención en la orientación de los acontecimientos deberá medirse con cuidado, pero ciertamente fueron bastante efectivos en el cumplimiento de su cometido y colaboraron en la generalización de la intolerancia y la violencia entre los huelguistas, situación ante la cual el movimiento mismo no fue capaz de responder adecuadamente y evitar que el rumbo de la lucha se desviara tal y como sucedió.

A modo de epílogo: el fin de la huelga y la continuación del movimiento (enero-mayo del 2000)

A partir del mes de enero se puso en juego el coronamiento de la estrategia del gobierno y de las autoridades. Aprovechando la debilidad manifiesta del movimiento y la hegemonía casi absoluta en el CGH de los grupos cada vez más pequeños y más radicales, el rector De la Fuente manejó sus cartas beneficiándose de un diálogo por iniciativa propia que nunca pareció avanzar con claridad hacia la solución de la huelga (no obstante que por parte de los representantes de un CGH completamente ya incapaz de expresar la voz de la mayoría del estudiantado de la UNAM tampoco hubo alternativas reales al conflicto).

Simultáneamente organizó un plebiscito donde logró incorporar a un sector cuantitativamente importante de la comunidad universitaria (no a la mayoría como lo difundieron las autoridades) a su propuesta de solución, misma que supuestamente respondía a cada uno de los puntos del pliego petitorio de los huelguistas y con la cual había propinado un serio golpe al CGH y su carencia evidente de iniciativa política. Todo esto se mostraría después como la otra cara de una estrategia que sobrepasaba las facultades del propio rector y que encontraba a sus verdaderos hacedores en los laberintos del poder político gubernamental, y que conducirían a la ocupación de las instalaciones universitarias por parte de la nueva e ilegal Policía Federal Preventiva y la interrupción abrupta de la huelga.

Desde finales de enero y los primeros días de febrero el ambiente de la huelga fue llenándose de elementos contradictorios. Algunas escuelas como Enfermería o el Centro Universitario de Estudios Cinematográficos entregaron, con el respaldo de sus respectivas comunidades, los recintos a las autoridades universitarias ante la falta de opciones viables provenientes del CGH. Huelguistas del sector moderado impulsaron la realización de asambleas con el fin de decidir acerca de la pertinencia de concluir la huelga con la participación de las comunidades de cada escuela y en algunos casos hubo, debido a la intervención de individuos y grupos ligados a las autoridades, como en el caso de la Facultad de Derecho, conatos de violencia que presagiaban lo que muy pronto tendría lugar como colofón del prolongado paro estudiantil.

El día primero de febrero, la violencia abierta estalló en la Preparatoria 3, con el enfrentamiento entre un grupo de vigilancia de la UNAM, al que se sumaron personas ajenas a la institución, y huelguistas. Batalla campal que fue transmitida por las principales televisoras y que propagaron una imagen incontrarrestable de vandalismo y violencia irracional de los remanentes del movimiento en el CGH, con el auxilio de sus recursos tecnológicos e informativos. La detención de cientos de estudiantes sólo fue el primer paso para la acción terminante de las fuerzas policiacas cinco días después. En efecto, el domingo 6 de febrero, desde las primeras horas de la mañana, la PFP entró en Ciudad Universitaria y desalojó y detuvo a otros cientos de estudiantes, provocando en las escuelas periféricas la huida de los paristas que aún resguardaban las instalaciones. Ese mismo día, sin importar ya las diferencias entre *ultras* y *moderados*, se inició la resistencia que pondría en primer lugar la demanda de liberación de los estudiantes detenidos, nuevos presos políticos del momento.

Después de poco más de una semana, la universidad fue regresada a las autoridades y la comunidad se reintegró al territorio universitario, sin dejar de sentir la pesadez de un ambiente lleno de tensión en su seno. El CGH intentó mantenerse vivo en el *exilio* y posteriormente en las escuelas donde aún conservaba cierta presencia, sin embargo, si ya de por sí se había alejado marcadamente de la representatividad de los estudiantes en el último periodo, con el fin del paro su fuerza se redujo dramáticamente. Los detenidos fueron siendo liberados paulatinamente quedando hasta la fecha en esa condición solamente los líderes más renombrados del ala radical, mientras la movilización más importante en torno a este problema recaía en los padres de familia y algunos sectores de estudiantes.

Con la reactivación de la vida académica, pese a la acción cada vez más aislada y de reducido efecto político de los pocos que se seguían reivindicando como parte del CGH, se entró en una fase de estabilización de la dinámica universitaria y el rector De la Fuente intentó utilizarla en su favor, convocando, primero, a la comunidad en su conjunto y más recientemente al CGH, a un supuesto diálogo para abordar las demandas del movimiento. Paralelamente, entre marzo y abril, se puso en marcha la elección de representantes a los consejos universitario y técnicos, donde la participación de los estudiantes huelguistas logró recomponerse, especialmente de quienes no se anclaron con las posiciones más

radicales en la última etapa de la huelga, y se ganó una buena parte de los cargos de representación a las principales instancias colegiadas de la UNAM. Con ello, la pretensión de eliminar por completo la resistencia estudiantil y de crear condiciones más favorables para la imposición de los ajustes que dieron lugar al movimiento, pareció no contar con el apoyo esperado por las autoridades.

En mayo, la perspectiva en que se encuentra el movimiento estudiantil y universitario de la UNAM parece caracterizarse por una engañosa parsimonia y una aparente normalidad, sin embargo, al mismo tiempo es evidente que el conflicto no se ha solucionado y que la comunidad universitaria aún resiente las heridas ocasionadas por el autoritarismo del gobierno federal y de las autoridades de la institución que llevaron a la máxima casa de estudios a una larga y desgastante huelga. Mientras concluye el proceso electoral que por el momento parece concentrar toda la atención y el interés de la sociedad mexicana, los universitarios avizoramos que la posibilidad del Congreso Universitario surge en el horizonte inmediato o mediato como el próximo espacio de confrontación política, donde contendrán los proyectos de universidad pública y de nación que estuvieron presentes a lo largo de esta importante lucha del México moderno. En este sentido, la comunidad de la UNAM (estudiantes, profesores y trabajadores) se verán, en un futuro cercano, obligados a refrendar la razón profunda que justificó la lucha de 1999-2000 y a demostrar que los esfuerzos, los sacrificios y las esperanzas no fueron en vano, que la madurez y la experiencia serán el resultado más importante para reavivar la capacidad de resistencia de este sector social. En esa lógica, la necesidad de entendernos se vuelve medular.

Conclusión provisional

Todas estas manifestaciones del quehacer político de quienes se integraron a la huelga, contienen significados que deberán ayudarnos a superar errores y a consolidar proyectos alternativos con los cuales transformar a la universidad pública y hacerla prevalecer a pesar de las fuerzas que la acechan. Objetivo que se enlaza con las aspiraciones mayores que nuestro pueblo encierra en su vida cotidiana y su historia, y con las cuales los universitarios no pueden dejar de estar comprometidos.

Sin embargo, ninguna intención loable y ningún valor abstracto podrán jamás sostenerse desde la contradicción de fondo entre el pensar y el hacer, ni será válido sustituir, especialmente entre universitarios, la reflexión y el pensamiento crítico y abierto con dogmas y diatribas contra los que forman parte de nosotros mismos.

Por todo ello, el análisis que no se agota aquí, o la discusión inteligente y honesta que deberá proseguir, serán también parte de la honorable lucha que los estudiantes de la UNAM (y quienes, siendo también miembros de la comunidad de esta importante institución en calidad de trabajadores académicos o administrativos, los acompañamos con humildad y sinceridad, sin pretender sustituir su conciencia y su voluntad con la nuestra) han ofrendado a nuestro pueblo para resistir juntos ante las afrentas de quienes tienen el

poder, y de esa manera soñar y construir alternativas de vida por las cuales valga la pena adentrarse en un nuevo milenio. Como dice un querido personaje del México contemporáneo, vale y salud por *ellos y por nosotros, es decir, por todos los que somos.*

México, junio de 2000.